



Cuando equivocarse es una buena idea

Por Redacción IDEA
(idea@usfq.edu.ec)

Todo aprendizaje es un proceso, un viaje de subidas y bajadas, de avances y retrocesos. No es algo lineal ni perfecto. Para que haya aprendizaje, en cualquier edad y de cualquier cosa (llámese hacer una torta, aprender un idioma o la tabla periódica), los seres humanos necesitamos asimilar poco a poco eso nuevo que se está incorporando en nuestro cerebro.

Para algunos toma más tiempo que para otros, o más o menos esfuerzo, pero en ese viaje maravilloso del aprendizaje lo que importa no es tanto lo nuevo que aprendimos sino cómo lo aprendimos.

Unos dirán: ¡“A golpes”! “con mucha risa”... “estudiando mucho”... “acordándome de lo que me decía mi mamá”... “jugando”... “haciendo ejercicios”... “memorizándolo todo”... “con cuadros sinópticos”... “imitando”... “haciendo

canciones”... “dañando”... ¿¿¿Dañando???

Sí, dañando. Dañando también se aprende. Y eso lo sabemos todos porque a todos nos ha pasado.

Entonces, ¿por qué castigamos o les ponemos malas notas, o les llamamos la atención a nuestros estudiantes cuando se equivocan? Durante muchos, muchísimos años, el propósito de la educación consistía principalmente en evitar a toda costa que los estudiantes cometieran errores.

Los estudiantes modelo eran aquellos seres extraterrestres que siempre tenían la respuesta correcta. O que hacían exactamente lo que los profesores les ordenaban. O que casi nunca se confundían o dudaban. El resto, en cambio, unos problemáticos e inútiles.

Los maestros, por su parte, en lugar de enseñar, se enfocaban en pescar errores. Y sancionarlos. Cuantos más errores pescaran, más probabilidades tenían de que habían cumplido su misión de docentes. Errar y fracasar en la escuela era sinónimo de torpeza.

Afortunadamente esta triste perspectiva ya no nos acompaña más. Hemos encontrado que los errores no son lo más importante de la educación, pero sí una gran fuente de inspiración e aprendizaje.

Obviamente, buscamos siempre prevenir los tropiezos, sobre todo para que no se fosilicen o se perpetúen. Sin embargo, ¿qué tanto los aprovechamos cuando suceden? El famoso educador John Dewey decía que el error es instructivo, y que la persona que realmente piensa aprende tanto de sus errores como de sus éxitos (1997).

El verdadero aprendizaje no está, por lo tanto, en hacer las cosas “bien”. Ocurre realmente cuando la experiencia directa al momento de aprender hace que cambiemos, adaptemos e intentemos diferentes estrategias para alcanzar un objetivo.

Desde esta óptica, el “éxito” es transformativo, no un mero resultado. Es la constatación de que lo que se ha aprendido ha valido largamente la pena. Y recuerde: si hay algo que aún no se aprende, no es por culpa de nadie o de nada. Es porque tenemos un cerebro dispuesto a seguir aprendiendo.

Aprender, reaprender, desaprender y volver a aprender

He aquí algunas recomendaciones para utilizar el error de manera constructiva:

- Utilice la retroalimentación con propósito, es decir, detectando cuál puede ser la raíz del error y discútalas con el alumno, no como algo negativo sino como un reto interesante.

- Pero fíjese también en los logros. Por qué ocurren también es una buena fuente de información.

- Evite la tendencia de simplemente poner la nota y pasar calificaciones. Calificar implica reconocer que hay vacíos y que por alguna razón estos no han sido suficientemente tratados.

- A veces equivocarse disfraza una genialidad escondida. Vaya al fondo, no se quede en la superficie o en la primera percepción. Tampoco recurra de manera inmediata a la explicación más trillada de todas: “Es que son unos vagos”.

- Establezca diversos ejercicios y oportunidades durante la clase para darles la oportunidad de “hacerlo mal”. Es mejor equivocarse durante la clase que al final, cuando les toque rendir exámenes y vérselas cara a cara con el papel completamente solos.

- Tenga en mente los patrones, la frecuencia, la intensidad de los tropie-

zos. Cada cuánto se dan y si son siempre los mismos. Examine sus causas con detenimiento. Algunas veces pueden obedecer a problemas fisiológicos no aparentes. Por ejemplo, leer con mucha dificultad y repetir de manera errónea y sistemática una serie de palabras puede ser causa de una dislexia no descubierta.

- Muchas de las causas de los errores se pueden clasificar, de tal manera que pueden servirnos para anticiparnos a los mismos, o incluso utilizarlos como materia prima de estudios e investigaciones.

- Busque que la “cultura del error” sea compartida por todo el ámbito académico (estudiantes, profesores, administrativos, directores, familia, etc.). Forme alianzas con maestros. Hacer del error una estrategia visible y deliberada a nivel institucional puede fortalecer a toda la comunidad educativa.

- Procure que los estudiantes se quiten el miedo de cometer errores, de verlos



El verdadero aprendizaje no está, por lo tanto, en hacer las cosas “bien”. Ocurre realmente cuando la experiencia directa al momento de aprender hace que cambiemos, adaptemos e intentemos diferentes estrategias para alcanzar un objetivo.





Procure que los estudiantes se quiten el miedo de cometer errores, de verlos con la etiqueta de lo despectivo o humillante que debe ser evitado a todo precio.

- con la etiqueta de lo despectivo o humillante que debe ser evitado a todo precio.
 - Enséñeles a recibir retroalimentación, no solo suya sino de sus compañeros y amigos.
 - Deles el tiempo de revisar los errores, entenderlos y de probar de nuevo. Pero no los deje solos. No los exponga a una nueva caída si ellos no saben por qué fallaron.
 - Muéstreles que los niveles que ellos pueden alcanzar (su potencial) se puede dar también a través de fallas.
 - Tome conciencia de que algunos alumnos pueden ser muy exigentes consigo mismos, pero al mismo tiempo muy impacientes, y cuando no alcanzan una meta determinada se frustran, se autocastigan, se autocensuran y deciden que no son capaces. Otros, por el contrario, al primer intento botan la toalla. Mantener el equilibrio entre ambas tendencias es clave, y usted está justo ahí para ayudarlos.
 - Hágalos ver que es muchísimo más fácil darse por vencidos en el primer intento. Pero que si eligen esa opción jamás se sentirán satisfechos consigo mismos.
 - Indague con ellos si usted sospecha que tienen mucha presión de sus padres o hermanos.
 - Hábleles de la diversidad, de que todos aprendemos a diferentes ritmos y de diversas maneras. Y que tampoco existe tal división en el mundo que clasifica a las personas en perdedores y ganadores.
 - Dígalos que no hay nada correcto, ni perfecto ni exacto ni finito. Y que una vez que han alcanzado la cima de la montaña, siempre asomará otra y otra más.
 - Enseñe diferentes formas de llegar a un mismo resultado. No se encasille en que existe un sola respuesta y una sola fórmula. Incluso en matemáticas se puede llegar a un resultado a través de varios caminos. Busque diferentes medios y revise con ellos por qué unos sí funcionan y otros no. Eso no significa que los que no funcionaron estuvieron equivocados.
 - Advértales que, aunque han sido muy cuidadosos y han tenido en cuenta todos los factores de riesgo, siempre existe la posibilidad de “fallar”. Y que eso no es ni malo ni bueno, simplemente una experiencia más de donde sacar mejor información para una próxima vez.
 - Explore con ellos vidas de científicos que intentaron millones de veces. Esos intentos no fueron errores o equivocaciones, sino solo un paso más hacia la meta. La innovación no llega de manera instantánea.
 - Busque películas, videos, charlas motivadoras, biografías que traten sobre personas que se esfuerzan por alcanzar las metas. Analice con sus alumnos que caerse varias veces (incluso o sobre todo en los negocios) aporta una cantidad inmensa de información, y resulta muchas veces una verdadera bendición.
 - Arme una obra de teatro en la que los ensayos y equivocaciones sean el plato fuerte de la experiencia.
 - Introduzca juegos en los que lo importante no sea el resultado sino el proceso. ¿Conoce el juego de las malas ideas? O intente el de “quién se equivoca más”... (no es tan fácil).
 - Dígalos que es sano reírse de sí mismos.
- Y usted, estimado profe, ¿puede reírse de sí mismo?

REFERENCIAS

Dewey, J. (1997). *How we think*. Mineola, N.Y: Dover Publications.